



El diablo enamorado de Jacques Cazotte

Jorge Comensal



Los bailarines de ballet Marie Taglioni y Charles Muller escenifican *La Satanella*, también conocida como *El diablo enamorado* o *el amor y el infierno*, inspirada en la historia de Jacques Cazotte. Grabado del siglo XIX. (DEA / A. DAGLI ORTI / De Agostini / Getty Images)

INTERESANTE ES UNO DE LOS ADJETIVOS más tristes del español, una palabra tibia, distante, gastada. Si algo nos resulta aburrido y prestigioso al mismo tiempo deviene *interesante*: “Ay, Lolita, anoche fuimos al recital de mi hijo. Es artista sonoro. Vieras qué ruidos tan interesantes.”

Cuando usamos el interés como sustituto del juicio o la emoción estética, algo anda mal. Hay un desfase, algún tipo de disgusto o incompreensión disimulados: si los óleos de un famoso pintor nos parecen adefesios, decimos que son interesantes porque aumentan nuestro capital de cultura, nos dan intereses.

Al leer *El diablo enamorado* (publicado por primera vez en 1772), pensé que se trataba de un libro que puede parecer *interesante* para el lector contemporáneo: Álvaro, protagonista y narrador del relato, es un noble que establece una relación con Biondetta, personalización del Diablo enamorado de él. Si no hacemos un esfuerzo de aproximación a la obra, puede parecernos un documento histórico curioso, y no un conflicto humano vigente. El final contribuye a esta impresión, pues culmina en una moraleja anticuada: “crea un lazo legítimo con una persona del sexo femenino. Que tu noble madre guíe tu elección...” Qué interesante.

Sin embargo, *El diablo enamorado* aborda un tema profundo y siempre actual: la frontera entre lo real y lo imaginario, entre el sujeto y la objetividad. Para superar la superficie del interés, y penetrar en la fuerza expresiva de la novela, hay que entender el Diablo no como un personaje ridículo del imaginario doctrinal, sino como la personificación del mal, de lo dañino. Jacques Cazotte, el autor, vivió en un mundo diferente del nuestro, donde el diablo estaba presente: estudió con los jesuitas, condujo una vida de penurias burocráticas y después se convirtió en escritor exitoso. Un par de años después de publicar *El diablo enamorado* se afilió a la orden martinista para vivir con intensidad un misticismo monárquico que lo llevó a odiar la Revolución francesa y a considerarla obra de la “Bestia”. Convencido de su papel como profeta, escribió unas *Revelaciones* apocalípticas contra el Nuevo Régimen y murió decapitado después de gritar “Muero como he vivido, fiel a Dios y a mi rey”.

Cazotte creía en la potencia diabólica, en su malvada influencia en el mundo, y contra ella escribió esta novela. Si renunciamos a nuestro escepticismo posmoderno, y nos atrevemos a creer en la Bestia, a sentir su maldad, reconoceremos la enorme eficacia de *El diablo enamorado*, obra que fue extremadamente popular en su tiempo.

En primer lugar, sobresale un contraste en la hechura de esta obra: un estilo narrativo exacto, austero, propio del realismo más neutral, enfrentado con el relato de hechos extravagantes, propios de una imaginación desquiciada: “el espantoso camello alargó dieciséis pies la longitud de su pescuezo, bajó la cabeza hasta el centro de la estancia y vomitó un perro blanco con un pelaje fino y reluciente [...] ‘Amo —me dijo— me complacería mucho lamerte la punta de los pies...’” Después de una serie de episodios extraños como este, el Diablo por fin adquiere la forma de Biondetta, una bella mujer que procede a seducir al protagonista de una forma muy sutil. Puesto que Biondetta funge como

paje, en la primera parte del libro hay un constante cambio de género en la forma de referirse a ella/él. La ambigüedad sexual del diablo genera una tensión notable: “Busqué con los ojos a mi paje. Esta sentado, enteramente vestido, sólo le faltaba el jubón, colocado en un pequeño taburete. Se había soltado sus cabellos que llegaban hasta el suelo [...] Su delicadeza iba a la par de todas sus demás perfecciones.” El paje se llama Biondetta y habla de sí misma en género femenino: “Me dije a mí *misma*: si para alcanzar la felicidad, debo unirme a un mortal, tomemos un cuerpo.” Poco después, Álvaro dice: “Eres *el* más astuto, *el* más notable de los falsarios.” Y después, cuando él/ella le ofrece dinero, Álvaro le responde: “Guárdatelo, porque si eres una

El bailarín Paul Taglioni escenifica *La Satanella*, también conocida como *El diablo enamorado* o *el amor y el infierno*, inspirada en la historia de Jacques Cazotte (1719-1792). Grabado del siglo XIX. (DeAgostini / Getty Images)



Jacques Cazotte
El diablo enamorado
México, UAM, 2013



mujer, al aceptarlo estaría cometiendo una bajeza...” Esta incertidumbre sobre el sexo del Diablo genera una atmósfera acaso inspirada por la misma feminidad de la moda masculina en el siglo XVIII francés, y puede ser leída como una resistencia a las tentaciones de una sexualidad hermafrodita. También (y aquí caminamos en el filo del precipicio de la sobreinterpretación), la apariencia masculina del diablo seductor puede ser una advertencia velada contra la homosexualidad. Sea cual sea el caso, Biondetta termina por convertirse en un personaje mujer, y sus estrategias de seducción corresponden al modelo femenino.

El relato está lleno de detalles exquisitos sobre la seducción. Son exquisitos por su obviedad, por la manera tan burda en que logran surtir efecto sobre el protagonista. Un caso sucede durante una tormenta en que ella se encuentra asustadísima. Álvaro cuenta: “Traté de tranquilizarla. ‘Ponme la mano sobre mi corazón’ —me decía. La puso sobre su seno, y aunque se equivocase haciéndome apoyar en un lugar donde la palpación no debía ser la más sensible, me di cuenta que el movimiento era extraordinario.”

Este tipo de episodios pueden divertir al lector, y desesperarlo: la seducción procede de manera tan patente que uno desea zarandear al personaje para hacerlo consciente de las tácticas viles con que el Diablo lo confunde, para despertarlo del ensueño en que ese espíritu lo tiene sumido. En efecto, el propósito general de *El diablo enamorado* es despertar al hombre de la ilusión. Al reflexionar sobre la fascinación por Biondetta, el narrador refiere sus pensamientos: “Todo esto

me parece un sueño —me decía. ¿Pero qué otra cosa era la vida, sino un sueño? Tengo sueños más extraños que otros hombres, eso es todo.” Cazotte se propone combatir la noción de que las tentaciones espirituales son irreales. El final de la obra corresponde al discurso de Don Quebracuernos, un doctor de Salamanca, amigo de la madre de Álvaro. Explica que, para confundir al joven noble, el Diablo “mezcló lo grotesco con lo terrorífico, [...] la mentira con la verdad y el sueño con la vigilia, de manera que tu confusa mente no entendiera nada y pudieses creer que la visión que tuviste no era producto de su maldad, sino un sueño ocasionado por los vapores de tu cerebro.” De este modo, el autor devela el mecanismo que nos condujo a lo largo de su novela: de la confusión a la claridad, de la ilusión del sueño a la contundencia de lo real, el Diablo es una amenaza presente.

La lejanía temporal entre nosotros y la obra hace que la edición de *El diablo enamorado* sea un factor importante en nuestra lectura. En este caso, la Universidad Autónoma Metropolitana nos ofrece la novela de manera pulcrísima, en una traducción de prosa agradable, literaria, cuyos únicos defectos son galicismos gramaticales frecuentes, como el ya citado “Se había soltado sus cabellos que llegaban hasta el suelo”, en lugar de “Se había soltado *los* cabellos, *que* llegaban hasta el suelo”. Al final del texto, el libro incluye un apartado de notas eruditas y una biografía del autor. Ambos anexos resultan... estuve a punto de escribir *interesantes*. No: son útiles para situar la obra en su contexto y estimulantes para reflexionar sobre sus significados. ■